El nacimiento al que le faltaba una figura

Cada año, el primer domingo de diciembre, la familia de Lucas montaba el nacimiento.

Sacaban del armario una caja grande de cartón, que olía a madera y a Navidades pasadas. Dentro, envueltas en papel de periódico, dormían las figuras de barro: la Virgen María, San José, el Niño en su cuna de paja, el buey, la mula, los tres Reyes Magos con sus camellos, un ángel con las alas un poco desconchadas y muchos, muchos pastores.

Pero el favorito de mamá era uno muy pequeño: un pastor con un corderito en brazos.

—Me lo regaló mi abuela cuando tenía tu edad —contaba mamá cada año, colocándolo siempre en el mismo sitio, junto al río de papel de aluminio—. Lleva el cordero así de bien abrazado para que no pase frío.

Ese año, Lucas tenía por fin permiso para ayudar a colocar las figuras. Puso el musgo, extendió el río, colocó las ovejas en la colina de corcho y los camellos lejos, muy lejos, porque los Reyes aún tenían que hacer su viaje.

Cuando mamá fue a la cocina a por más musgo, Lucas cogió al pastorcito del cordero. Quería ponerlo más cerca del portal, para que viera mejor al Niño.

Pero el pastor era tan pequeño, y sus manos estaban tan nerviosas, que se le resbaló.

Hizo «clac» contra el suelo.

Lucas se agachó despacio. El pastor estaba entero. Pero el corderito se había partido en dos y una de sus patitas había desaparecido bajo el sofá.

Se le hizo un nudo en la garganta. Con el corazón a mil, escondió los trozos en el bolsillo del pantalón y colocó en su lugar a otro pastor, uno grande que llevaba un farol.

Cuando mamá volvió, no se dio cuenta. Pero Lucas no pudo disfrutar del resto de la tarde. Los trozos del cordero le pesaban en el bolsillo como si fueran piedras.

Esa noche no podía dormir.

Al día siguiente, en el colegio, la maestra Elena les dio plastilina para hacer figuras de animales. Lucas se quedó mirando su bola blanca de plastilina durante mucho rato.

Y entonces tuvo una idea.

Hizo un cuerpecito redondo. Cuatro patas cortas. Una cabeza con dos orejas que se le caían un poco hacia los lados. Para la lana, pinchó la plastilina con la punta de un lápiz, muchas veces, hasta que parecía rizada.

No era perfecto. Una oreja le quedó más grande que la otra. Pero tenía algo especial: parecía que sonreía.

Esa tarde, al llegar a casa, Lucas fue directo a la cocina. Mamá estaba preparando la cena.

—Mamá... tengo que contarte una cosa.

Sacó del bolsillo los dos trozos del corderito de barro y los dejó sobre la mesa. Luego, al lado, puso con cuidado el cordero de plastilina.

—Se me cayó ayer. No quería romperlo. Lo escondí porque me daba miedo que te pusieras triste. Pero he hecho otro. No es igual, ya lo sé.

Mamá se secó las manos con el trapo y se sentó junto a él. Miró los trozos. Miró el cordero de plastilina. Y se quedó un rato sin hablar.

Lucas pensó que se iba a enfadar.

Pero mamá cogió el corderito nuevo y lo giró despacio entre los dedos.

—¿Sabes qué le pasó a mi abuela con este pastor? —dijo al fin—. Se le cayó a ella también, hace muchísimos años. Por eso el pastor tiene ese brazo un poco más oscuro, ¿lo has visto? Lo pegó con cola y lo pintó con lo que tenía en casa.

Lucas negó con la cabeza. Nunca se había fijado.

—Las cosas que pasan de mano en mano se rompen —siguió mamá—. Lo importante es lo que hacemos después. Y tú has hecho dos cosas muy difíciles: decir la verdad y arreglarlo con tus manos.

Esa noche, mamá pegó con cuidado las dos mitades del cordero de barro y lo guardó en una cajita, para que descansara. Y Lucas colocó al pastor junto al río,

como siempre, pero esta vez con un corderito de plastilina en brazos. Con una oreja más grande que la otra y una sonrisa que nadie había moldeado a propósito.

—Ahora este nacimiento tiene figuras de tu bisabuela, de tu madre y tuyas —dijo papá al verlo—. Es el nacimiento más completo de toda la calle.

Y la patita que faltaba apareció en enero, cuando barrieron debajo del sofá para guardar la caja. Mamá la pegó en su sitio.

Pero el corderito de plastilina, desde entonces, se queda en el nacimiento todos los años. Junto al río de papel de aluminio. Bien abrazado para que no pase frío.

Fin.

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué figura del nacimiento se rompió y cómo pasó?

2. ¿Por qué Lucas no quería contárselo a su madre al principio? ¿Cómo se sintió después de contarlo?

3. ¿Qué figura harías tú para un nacimiento o para tu decoración de Navidad, y por qué?